

El escenario familiar. La convergencia del conflicto armado y el desplazamiento forzado.

Una lectura desde la realidad del departamento de Caldas¹

MARÍA CRISTINA PALACIO VALENCIA

Profesora

Universidad de Caldas

Una contextualización

El conflicto armado y el desplazamiento forzado en Colombia, dan cuenta de una realidad que pareciera estar anclada a un eterno presente. Un drama humanitario y una tragedia social que desde finales de la década de los años ochenta, cobra mayor fuerza e intensidad, dejando una estela de aprendizajes que no logran traducirse en la transformación del orden de la violencia; todo lo contrario, consigue agudizar más las fisuras y erosiones de las condiciones y calidad de vida de la población civil, las familias y las comunidades colombianas. Además de configurar unas dinámicas sociales donde se identifican lógicas de conexión intergeneracional que le dan sentido y continuidad al orden de las violencias.

Por lo tanto, estos dos asuntos se constituyen en una realidad estructural y estructurante de la sociedad colombiana y responden a racionalidades y racio-

¹ Este texto hace parte de la investigación *El conflicto armado y el desplazamiento forzado en Caldas: crisis de la institucionalidad familiar*. Centro de Estudios y Desarrollo Alternativo sobre Territorios de Conflicto, Violencia y Convivencia Social Cedat. Universidad de Caldas. Departamento de Estudios de Familia. Manizales, 2003.

nalizaciones que hundan sus raíces no solo en la historia del país, sino en los procesos que soportan la institucionalidad de los espacios socializantes, para darle continuidad al orden dentro del desorden que producen las violencias en este contexto. Por esto, no se puede considerar que el conflicto armado y el desplazamiento forzado sean cuestiones coyunturales o que no existen, porque “lo que hay en el país, es terrorismo”.

La complejidad de estas problemáticas se encuentra entrelazada en la crisis de la institucionalidad legal y en la legitimidad ilegal de las formas de vida imperantes en los diversos espacios y escenarios del territorio, y la sociedad colombiana. Una crisis que articula tres cuestiones: por una parte, el panorama de la baja densidad institucional del Estado con frágiles soportes del ejercicio del poder legal, la erosión de las prácticas y los imaginarios sustentados en criterios morales y de justicia, la corrupción y la impunidad como actuaciones recurrentes. Por otra, el desenclave institucional de la familia² como primera agencia de formación humana y espacio articulador e integrador de la vida social. Finalmente, la emergencia y consolidación de un “orden de facto,” en el cual los dispositivos de poder despliegan tres alternativas: adaptarse, desplazarse o morir.

En pocas palabras, la problemática actual que afronta el país y la región marca nuevos rumbos y escenarios de la vida cotidiana en donde las distintas y las nuevas generaciones convergen en la escritura de un texto social que atraviesa la familia, por acción o por omisión. Es decir, la familia es parte constitutiva del conflicto armado, ella refracta y en ella se expresa el complejo calidoscopio del “entorno turbulento”³ que caracteriza el orden social colombiano. A pesar de que lo anterior sea reconocido, el análisis de la familia en los contextos del conflicto armado y el desplazamiento forzado ha sido mirado, mas como categoría de soporte o telón de fondo de estas problemáticas que afectan a grupos poblacionales específicos, como los niños y niñas, jóvenes y mujeres, que como grupo social en sí mismo en correspondencia con su propia dinámica.

La trayectoria de esta invitación, entonces, pretende transitar por algunos enunciados de cinco procesos de cambio y transformación que enfrenta la familia, en los escenarios del conflicto armado y en los lugares de recepción y de inserción violenta, impuestos por el desplazamiento forzado tanto en el país, como en el departamento de Caldas.

² Concepto de Anthony Giddens, en *Modernidad e identidad del Yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: editorial Península, 1997.

³ Concepto de Francisco Gutiérrez, “Gestión del conflicto en entornos turbulentos. El caso colombiano”, en *Conflicto y contexto*. Bogotá: Tercer Mundo Editores. 1997.

Los procesos de cambio y transformación de la familia en la lógica del conflicto armado y el desplazamiento forzado

La dinámica de las múltiples violencias que se entrelazan en la configuración actual de la sociedad colombiana, permiten demarcar tres campos de referencia: el conflicto armado como escenario de confrontación entre los actores estatales, paraestatales y contraestatales; y la inseguridad ciudadana, donde se conjugan las múltiples acciones de la delincuencia organizada y espontánea. El último, correspondiente a la violencia cotidiana que pone a las relaciones interpersonales como la dimensión microestructural y subjetiva comprometida en esta lógica destructiva. De esta manera, cada uno de estos tres campos y a su vez los entrelazamientos que producen, dejan entrever la complejidad de un orden social en el cual la violencia ha logrado sedimentarse, respondiendo a cierto sentido de “legitimidad ilegal”.

En esta línea de análisis, aparece la conexión entre conflicto armado y desplazamiento forzado como una intersección entre el Estado y la sociedad, y como otro matiz de las complejas violencias que se presentan en el país. Pero esta conexión, no solo corresponde a los componentes políticos y económicos derivados del papel del Estado y sus políticas institucionales, sino que afecta de manera directa a todos los espacios de la vida social. Es en este punto donde se centra la pregunta por la familia, y por el lugar que ocupa en la dinámica de la guerra irregular y el conflicto armado interno, por su afectación como organización social básica y los conectores que se perfilan en sus procesos de reproducción cultural, integración social y construcción de las identidades, respecto a la estructuración de los sentidos y lógicas de orden fáctico de las violencias.

La familia se constituye en un tema complejo debido al componente emocional e ideologizante que la acompaña, lo que incide en su consideración como un fenómeno demasiado evasivo y resbaloso; no obstante este peso, en la familia se ponen en juego y se condensan las condiciones estructurales del Estado, la sociedad, la cultura y la propia experiencia vivencial, vislumbándose en su doble connotación, como realidad objetiva y subjetiva.

Como realidad objetiva existe de manera independiente de las voluntades, gustos, deseos o expectativas de los individuos. Su lugar y existencia en el orden social no es casual, responde a procesos de institucionalización –legal y legítima– de interacciones sociales; demarca prácticas, discursos e imágenes tipificadas como particulares a este espacio social y abarca el contexto primario de formación temprana de las subjetividades humanas. Y, como realidad subjetiva, configura la experiencia individual, es referente básico de la construcción biográfica, expresa

las percepciones emocionales e ideológicas de la propia vivencia y ocupa un lugar de privilegio en los intereses y expectativas del proyecto de vida personal.

A pesar de la distinción mencionada, estas dos denominaciones se fusionan en el camino de comprensión de la vida social, la organización humana y la construcción de las subjetividades. La familia expresa un ordenamiento estructurado a partir de un complejo tejido relacional del parentesco en el cual convergen lazos consanguíneos, de alianza, legales y morales que se traducen en las conductas pautadas e institucionalizadas, en las construcciones simbólicas y de representación social designadas en torno a ella.

Pero reconocer el lugar que tiene la familia en la sociedad y en la cultura, implica también dimensionar los procesos que la acompañan en su estructuración como realidad social histórica y así descifrar el movimiento, el cambio y la transformación que le son propios, porque

La familia, en tanto que célula primitiva del tejido social, ha experimentado toda clase de transformaciones, cada una de ellas íntimamente ligada a la sociedad dentro de la cual ha surgido. La forma instituida ha sido rodeada de tabúes destinados a protegerla, pero aún así, su evolución no ha podido ser frenada por las fuerzas tendientes a prolongar la tradición y, por lo tanto, favorecedoras de cualquier forma de estatismo.⁴

Los cambios y transformaciones que le son inherentes se encuentran entretejidos en la dinámica de los procesos económicos, sociales, políticos y culturales que acompañan la sociedad a la cual pertenece. En otros términos podría considerarse que la familia como organización social responde, en estos momentos, a las nuevas demandas provocadas por el movimiento demográfico, la reducción de las tasas de natalidad y mortalidad, la vinculación de la mujer al trabajo extradoméstico, la reproducción asistida y su incorporación a la racionalidad tecnológica, la exigencia de su reconocimiento como escenario político, a partir de la validez de los derechos fundamentales de cada uno de sus integrantes, su posicionamiento como espacio de construcción de ciudadanía y como actor del desarrollo social y humano, entre otros; asuntos que hacen de este espacio un lugar que detona múltiples movimientos en las prácticas y los imaginarios sociales.

Pero a la vez que se reconoce a la familia como una realidad social en permanente y constante movimiento, el punto central que orienta esta reflexión consiste en develar los cambios y transformaciones que enfrenta, no por la propia dinámica que le compete a ella y a su entorno social, sino como resultante de su inserción en escenarios de conflicto armado y como referente social de afectación

⁴ Varios. *La Familia*. Madrid: Ariel, 1998.

por el desplazamiento forzado. Situación que transversaliza los procesos de convivencia y sobrevivencia familiar al redefinir las relaciones que la constituyen y su forma de organización; sus dinámicas vinculantes, derivadas de la producción de tensiones y transformación de los conflictos; y los contenidos de los rituales, las prácticas y los discursos que orientan la institucionalidad familiar: estos asuntos no solamente provocan una lectura particular sobre la familia, sino que hacen visible los nuevos conectores con la vida social en el país.

Hacer visible el lugar y la conexión de la familia en y con los contextos del conflicto armado y el desplazamiento forzado colombiano, permite distinguir cinco procesos de configuración de movimientos, cambios y transformaciones que enfrenta este grupo social, los cuales dan cuenta de: una *adaptación* de la cotidianidad familiar en el marco de las condiciones generadas por el orden de facto existente en los escenarios de conflicto armado; una *desintegración* familiar como efecto directo de dicho conflicto armado, a partir de la destrucción de relaciones y vínculos familiares y los anclajes territoriales; una *dispersión* de los integrantes de la familia como estrategia de sobrevivencia; una presión hacia mayor *cohesión* y *concentración* en la convivencia familiar y una *reconfiguración* de la organización familiar que, por efecto del desplazamiento forzado, se encuentra en condición de restablecimiento, ya sea por la vía del retorno o de la reubicación.

La adaptación al orden de facto: un cambio en los rituales familiares cotidianos

Tanto el conflicto armado como el desplazamiento forzado atraviesan la vida cotidiana de los diversos grupos familiares; su efecto se expresa en el cambio en los rituales familiares que sedimentan la organización familiar.

La situación de las familias residentes en los escenarios del conflicto armado está directamente relacionada con el grado de afección correspondiente con la dinámica del conflicto armado. Esto hace alusión a que algunos de los grupos familiares que permanecen en sus lugares habituales de residencia, no obstante la agudización de los enfrentamientos, cuentan con una relativa distancia de las experiencias que los vinculan directamente a las implicaciones del conflicto armado como serían la amenaza o muerte de un integrante de la familia, su desaparición, secuestro, boleteo y el reclutamiento forzado de hijos e hijas adolescentes. Además de lo anterior, la familia considera que dispone de ciertas garantías para quedarse y mantener sus vínculos con el territorio, una especie de “seguro” como diría Giddens⁵; no obstante, reconocer los cambios en el ambiente social y vecinal, como se puede derivar del siguiente testimonio

⁵ Giddens, Anthony. 1997, *op. cit.*

La vereda está caliente, comenzó a llegar gente extraña y muy rara, comenzaron a caminar y miraban todas las casas, preguntaban por algunas personas, pero a nosotros nunca nos ha pasado nada, muchos de los vecinos se fueron, pero nosotros no, porque allá tenemos la tierrita y la casa, además no le debemos nada a nadie⁶.

La relativa “seguridad” que sienten algunos grupos familiares, también se respalda en un fuerte imaginario que sustenta sus anclajes sacralizados al territorio; una pertenencia que también se demarca en una experiencia circunscrita a la limitada movilidad del entorno más inmediato y a cierta resignación del destino que los puso en estas condiciones.

Muchas de las personas y familias que se encuentran en Berlín, Florencia y San Diego nunca han salido de sus propias veredas, si mucho al casco urbano de Samaná, por eso a pesar de los enfrentamientos tan fuertes que ha habido y que de allí se encuentran desplazamientos masivos, no se puede hablar de un desalojo completo, allá quedan familias que están siendo atendidas por diferentes programas institucionales.⁷

Estas familias que habitan las zonas de conflicto conservan los rasgos distintivos de la organización familiar rural campesina, en torno al predominio de una estructura y forma de organización familiar tradicional que tiene correspondencia con una tipología nuclear patriarcal; jefatura del padre varón, quien asume desde la división del trabajo la responsabilidad de la sobrevivencia familiar pero con ciertos matices de flexibilidad respecto al modelo, en donde el padre varón se constituye en el eje de convergencia de la sobrevivencia y convivencia, no obstante conserva el lugar de mayor reconocimiento y participación de la mujer; situación que se revierte e incide en la cotidianidad de la familia en el marco de la lógica de la guerra.

La organización familiar se sustenta en una división del trabajo orientada por los procesos de la producción y la cultura cafetera en la cual todos los integrantes de la familia, sin distinción de género y generación, participan de la recolección del café, pero en los otros ciclos de limpieza, siembra, secado y beneficio del café son los hombres padres e hijos más grandes quienes asumen esta responsabilidad; mientras que la mujer y las hijas se encargan tanto del trabajo doméstico, como de la huerta, la cría de cerdos y gallinas y la alimentación de los trabajadores.

⁶ Entrevista a funcionario institucional.

⁷ Entrevista a funcionario institucional, 2003.

El hecho de que la mujer participe en el proceso de producción, le otorga una apertura en el ejercicio del poder y la toma de decisiones, legitimando su participación en el rumbo que toma la dinámica de la vida familiar

La mujer ocupa un lugar muy importante en la vida familiar campesina, ella es la que incide de manera más puntual en la decisión de quedarse o salir. La situación del conflicto armado les detona mayor fortaleza a las mujeres. Se ha observado a través del desarrollo del programa que la decisión de quedarse o salir generalmente la toman ellas⁸.

Pero la experiencia de la vida familiar toma otro rumbo provocado por el orden fáctico de la violencia impuesto por los actores del conflicto armado, quienes intervienen en los contenidos y direcciones que toman los procesos de socialización de los niños y las niñas y de la familia en general; quizás con la pretensión de desplegar dispositivos conducentes a garantizar el control social de la población y una estrategia efectiva que alude a intervenir en la orientación de las nuevas individualidades que se forman en la familia y demás espacios socializantes. De esta manera, logran captar potencialidades a corto o mediano plazo para reforzar la pertenencia de mayores grupos poblacionales.

Desde esta perspectiva, la familia se constituye en un escenario de vital importancia para el control por parte de los actores del conflicto armado, quienes generan cambios en la cotidianidad familiar; haciendo que la dinámica interna se disponga hacia la búsqueda de alternativas de sobrevivencia, reguladas por la expansión y consolidación del conflicto armado y la degradación de la guerra irregular. Esta situación marca la selección de una decisión en torno a quedarse o a desplazarse.

Pero esta decisión, está directamente ligada a las condiciones de vulnerabilidad provocadas por la dinámica de la confrontación bélica, por la posición y el empoderamiento que tienen los actores que controlan el territorio y por el lugar que tiene la persona o familia frente a las decisiones de estos actores. No obstante, se instala en el imaginario colectivo la fragilidad de la permanencia; lo cual se refleja en expresiones como:

nosotros aún no nos vamos, hasta ahora hemos aprendido a sobrevivir así, con miedo y con angustia, pero al fin y al cabo estamos en lo de uno, aunque sabemos que cualquier día a cualquier hora tenemos que irnos de aquí, como se han ido muchos.⁹

⁸ Entrevista a funcionaria institucional.

⁹ Entrevista a desplazado, 2003.

La permanencia en estos escenarios de guerra irregular también implica un alto costo a pagar: el grupo familiar tiene que enfrentar un cambio radical en su sistema de vida, lo cual lleva a que rompa con las lógicas cotidianas que le otorgaban confianza y seguridad; lo obliga a sentir la imposición de otros esquemas de vida que les trastocan su concepción del mundo, los principios rectores de sus identidades deben reacomodarse a las nuevas condiciones y los proyectos de vida se enredan en los confusos escenarios que provoca la guerra irregular. Estos habitantes tienen que ajustarse al control social de la gobernabilidad ilegal, lo que incide en el cambio de sus prácticas cotidianas.

La regla de acostarse temprano, ya no como producto de una práctica cultural ligada a la tradición rural, sino como requerimiento para la sobrevivencia en el marco del miedo y el temor que genera esta agudización de la violencia, impacta la configuración de la dinámica de la vida social, dando cuenta de un proceso profundo de privatización obligada e impuesta a la vida cotidiana, donde lo colectivo, lo comunitario y lo público se desdibujan. Esto no como producto de la secularización e individualización de la modernidad, sino como resultado del quiebre del tejido y la confianza social.

La familia no solo se convierte en otro escenario cruzado por el conflicto armado sino que también responde al orden de facto, configurándose una cotidianidad signada por el miedo, el temor y la amenaza; donde la presión de la protección se traduce perversamente en un dispositivo agobiante para unas nuevas generaciones que han abierto sus ojos en un mundo de confrontaciones, de guerra y de muerte. Un mundo que quizás para ellos aparece como una realidad normal y natural, aprendida y reproducida en sus juegos infantiles y en sus interacciones lúdicas. Tal vez por esto, no sea tan difícil entender que para ellos ingresar a la guerrilla o los grupos de autodefensas se convierte en una opción similar a su experiencia cotidiana pero con el agregado de que reciben un dinero.

Este orden ilegal despliega estrategias de seducción que buscan coartar a los niños y jóvenes, facilitando su ingreso a uno de los grupos ilegales, gracias a los referentes sobre la familia, los cuales son utilizados como dispositivos de enganche y de atracción, al presentar el ingreso a la organización, como una experiencia de participación colectiva, en una gran familia que lucha y trabaja unida. Sin embargo, en otros casos, para los jóvenes la organización ilegal se convierte en una opción sustitutiva de la familia; más aún cuando la experiencia en su hogar ha sido negativa, buscan encontrar en el grupo ilegal la protección y la seguridad que en su respectiva familia no tuvieron.

Además de lo anterior, en la familia se configuran complejos entramados relacionales y vinculantes de tipo emocional, afectivo y erótico entre los integrantes de los diferentes grupos armados y, de manera especial, con las hijas adolescentes. Esto produce dinámicas complicadas que afectan la convivencia

familiar y, en algunos casos, provocan unas redes parentales que se encuentran atrapadas entre la legitimidad cultural que se le otorga a los vínculos familiares, y la presencia de sentimientos y lazos emocionales de rabia y dolor; situación que enreda estas relaciones.

Esto hace pensar que el amor y el odio como los dos vértices de la naturaleza humana se entrelazan de manera confusa para crear unos escenarios paradójicos, los cuales para la familia no son fáciles de enfrentar:

Vea le voy a contar, la historia de mi vecina allá en la vereda de Pensilvania donde yo vivía: un hijo se le fue para donde los paras, una hija que estaba de vacaciones en Riosucio se enamoró de un guerrillero y la dejó embarazada y un hermano de ella, lo mató la guerrilla. Eso sí que es horrible porque qué se hace con todos esos sentimientos encontrados?.¹⁰

Un interrogante que abre nuevos horizontes para indagar por otra dinámica que produce el conflicto armado pero que permanece oculta y quizás mimetizada en la vida familiar; es el parentesco, ya que este configura una compleja red vincular donde confluyen componentes biológicos, sociales, culturales y simbólicos. Esta urdimbre es un entramado de interacciones que demarcan reciprocidades, solidaridades, adhesiones e identidades, las cuales en estos escenarios entran en una lógica contradictoria derivada de sentimientos de pérdida, rabia y venganza, con otros provenientes del sentido de pertenencia vincular.

De esta manera, la adaptación de la familia a los contextos del conflicto armado no puede asumirse como un movimiento mecánico; todo lo contrario, la vida cotidiana y su sentido de convivencia se encuentran atravesadas por la confusión que producen las nuevas presiones e incisiones que en sus interacciones, provoca la guerra irregular y el orden de facto impuesto por la dinámica del conflicto armado.

La desintegración familiar: un impacto perverso de la dinámica de la guerra

En esta misma línea de análisis, la lógica de la guerra atrapa la vida cotidiana de la familia. A su significación de ser formadora para la convivencia social, entregar las bases de la identidad individual en correspondencia con los requerimientos de las identidades colectivas, y servir de puente en los procesos de reproducción cultural y social que le dan forma a la organización de la sociedad, los grupos familiares se enfrentan tanto en los escenarios de conflicto armado como en los de recepción obligada, a un proceso de desintegración forzada.

¹⁰ Entrevista a desplazada, 2003.

Esta desintegración alude a la presencia de situaciones que afectan directamente la convivencia familiar; genera rupturas en las relaciones y anula los encuentros entre los integrantes de la familia e incorpora diversidad de sentimientos, algunos confusos, en los vínculos familiares. Situación que incide en la desintegración de la organización familiar, a partir de tres eventos: por un lado, los cambios provocados por la muerte, el secuestro, la desaparición y el reclutamiento de integrantes de la familia; por el otro, la consolidación de la violencia familiar y finalmente, a una degradación de sus conectores socializantes, a partir de la incorporación de problemáticas nuevas como el tráfico sexual, la drogadicción y la delincuencia.

La desintegración familiar se encuentra precedida por la estructuración de frágiles vínculos de convivencia; de esta manera, la ausencia de las figuras parentales del padre, de la madre o de ambos, por efectos de la muerte violenta y la desaparición, provoca en algunos casos una ruptura de la unidad familiar, generalmente asociada con antecedentes de violencia familiar.

A mi marido lo mató la guerrilla y a mí me tocó salir de la vereda, agarré a mis hijos pequeños, los grandes sí se quedaron allá, no he vuelto a saber de ellos nada, lo único que supe fue que los dos mayores se fueron con el otro bando.¹¹

Además de la muerte o desaparición del padre, el reclutamiento voluntario de los hijos e hijas adolescentes, también contribuye a erosionar las relaciones del grupo familiar. Su capacidad de destrucción no se refiere directamente al reclutamiento en sí mismo sino al conector que existe entre las razones del reclutamiento y el tipo de vínculo preexistente en la familia. Es decir, y para este caso específico, alude a la decisión de los y las adolescentes de vincularse a los grupos ilegales, como una estrategia de huida o salida al ambiente hostil y violento existente en su familia. La necesidad de romper con la familia, de acabar con los vínculos que los unen a esta ante la inexistencia o débil presencia de lazos de cohesión, solidaridad y protección en el grupo familiar, se constituye en un indicador de la desarticulación familiar que favorece el conflicto armado, en tanto algunos hijos e hijas plantearon “yo no me aguantaba más las garroteras entre mi papá y mi mamá, además ellos nos maltrataban mucho, siempre fue así y cuando llegaron ellos ofreciendo plata, pues vi la oportunidad de salir de mi casa”.

Vea yo ya estaba cansado de esa vida con mis papás, todo era a los golpes, a los gritos y sin plata, ganas no me faltaban de irme lejos, pero se presentó esta oportunidad y no la pensé dos veces, para allá me fui, aunque después me arrepentí, pero ni por estas quiero volver a mi casa y saber de ellos.¹²

¹¹ Entrevista a desplazada 2003.

¹² Entrevista a desplazada 2003.

La conjunción entre el conflicto armado y la violencia familiar conforman factores de riesgo desestructurantes de la unidad familiar y desintegran sus relaciones y vínculos para aportar a un proceso de desenclave institucional de los parientes a su red familiar y de pérdida de la legitimidad de la vida familiar como espacio de formación y desarrollo humano. La guerra y el conflicto armado detonan la fragilidad del grupo familiar, el cual no solamente tiene que enfrentar el dolor por el asesinato y la desaparición de alguno(s) de su(s) integrantes, sino que también sufren el temor y la angustia por ver incorporados a sus hijos desde temprana edad, como actores directos de los enfrentamientos bélicos.

Es en el escenario del conflicto armado y la guerra irregular que la familia y sus diferentes integrantes tienen que enfrentar un cambio en la cotidianidad; ya que se quiebra la seguridad y la certeza, la amenaza y el miedo acompañan de manera permanente las rutinas y las prácticas diarias responden al principio de sobrevivencia, bajo la presión de la muerte. Todo esto produce unas condiciones emocionales que al caracterizarse por su vulnerabilidad, toman un rumbo de salida en los más frágiles. De esta manera, las mujeres y los menores como los grupos poblacionales que histórica y culturalmente se consideran como los más débiles se enfrentan a un nuevo factor que les agudiza su situación de victimización, como lo plantearon varios funcionarios institucionales entrevistados.

Es como si el miedo a la muerte y a la amenaza los llevara a desahogarse con los más cercanos, es como si buscaran culpables, no en lo que realmente serían, sino en aquellos que silenciosamente se aguantan estas explosiones y de esta manera, compensan la supuesta debilidad ante los agresores, con fortalezas que son falsas. De ahí el complejo mundo de la erosión de las emociones que produce el conflicto armado y que este se instale cotidianamente en la familia.¹³

Otro matiz que asume la compleja relación entre conflicto armado y violencia familiar, alude al entramado del ejercicio de poder del actor que controla el territorio y que a su vez expresa la legitimidad ilegal de quienes imponen el orden de facto en las zonas de conflicto; un control que no solamente se refiere a la vida pública sino también a la privada. En palabras de varios entrevistados: “En el oriente las autodefensas y en el occidente la guerrilla controlan la vida familiar, ellos, tanto los unos como los otros boletean al marido maltratante, al padre o a la madre que victimiza a los hijos, de esta forma podría considerarse que asumen el poder vigilante de la vida familiar como expresión del poder supremo que tienen en la zona”.¹⁴

¹³ Entrevista a funcionario institucional, 2003.

¹⁴ Entrevista a funcionaria institucional, 2003.

La situación de la familia en las zonas de conflicto armado es muy compleja; no solo tiene que enfrentar las condiciones mismas derivadas de esta problemática, sino que responde a otras lógicas que afectan de manera directa su cotidianidad, su estilo de vida, su proyecto y cronograma familiar. Las implicaciones derivadas de la guerra irregular, el acelerado proceso de empobrecimiento, la restricción de alternativas de desarrollo y las limitadas opciones de sobrevivencia, conducen a colocar a los grupos familiares en una especie de círculo vicioso; no es solamente ese miedo del que ya se ha hablado, de la violencia familiar que se detona con mayor fuerza, también tienen que experimentar la visión de unos hijos e hijas que están creciendo en una generación de guerra y de violencia que les proporciona no solo visiones naturalizadas de este conflicto, sino también la pérdida de los referentes familiares.

Una forma de vinculación de la familia a los escenarios de la guerra irregular y el conflicto armado tiene que ver con la cooptación, ya sea “voluntaria” u obligada de sus integrantes; paso que les entrega su condición de militantes. Esta situación expresa dos lógicas diferentes: para los actores paraestatales y contraestatales se convierte, quizás, en una estrategia efectiva de ganar control sobre la población civil, aumentar sus militantes y garantizar una cierta continuidad generacional en su proyecto de poder territorial. Para la lógica del Estado y la sociedad, por su parte, se expresa como una violación de los derechos humanos de los niños y niñas, no solamente porque les truncan su propio proceso de desarrollo sino que a:

Estos grupos de menores los obligan a hacer trabajos de soporte para la guerra, hacen trabajos domésticos, las niñas son objeto de abuso sexual, pero también los meten a hacer “trabajos de inteligencia” y de guerra, son utilizados como mediadores en la compra de armas e insumos y para hacer contactos, en otros términos, los niños vinculados al conflicto armado son una especie de “escudos estratégicos para fortalecer la guerra.”¹⁵

De esta manera, la familia es obligada a hacer parte del conflicto armado y el reclutamiento de menores se constituye en un requerimiento de la guerra, es la cuota que las familias tienen que pagar como producto de la presencia de “los guerreros sin sombra”, como lo plantean Miguel Álvarez y Julián Aguirre¹⁶.

Pero estas formas de desintegración de la vida familiar no solo ocurren en los escenarios donde se vive directamente el conflicto armado. El proceso de desplazamiento forzado y la inserción también forzada, en las ciudades receptoras produce no solamente cambios en la cotidianidad de las familias sino que las inserta en

¹⁵ Entrevista a funcionaria institucional, 2003.

¹⁶ Aguirre, Julián y Álvarez, Miguel. *Guerreros sin sombra. Niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado*. Bogotá: I.C.B.F., Procuraduría General de la Nación. 2002.

un mundo urbano que representa un choque entre la lógica de la vida campesina y la presencia directa de problemáticas como el tráfico sexual, la drogadicción y la delincuencia, considerando que esta nueva realidad conduce a un proceso de degradación y lumpenización de las condiciones de vida familiar, gracias a la distorsión de sus anclajes valorativos y normativos. Algunas expresiones de las personas entrevistadas hacen alusión a este planteamiento:

La vida aquí en la ciudad es muy horrible, levantar los hijos se vuelve un problema tremendo, los hijos cambian, comienzan a tener malas compañías, y ellos les dan malos ejemplos porque esos amigos son bandidos que les dañan los oídos.¹⁷

La inserción forzada a la ciudad se constituye en una paradoja en la cual se conecta la esperanza de la sobrevivencia con la realidad de la descomposición familiar. Este proceso les quiebra los referentes culturales sobre la vida familiar que aprendieron y enseñaron en su experiencia de vida en el campo, muy vinculados al control religioso y al poder del padre.

Lo anterior hace pensar que para algunas familias, el desplazamiento forzado no solamente implica el éxodo y la desterritorialización sino que desestructura la unidad familiar, produciendo la ruptura de sus ciclos de vida y procesos de socialización. Proceso en donde la dimensión valorativa y las prácticas cotidianas como ejes cohesionadores en el grupo se resquebraja y la vida urbana les abre un panorama de degradación como alternativa de sobrevivencia.

La dispersión familiar: una contradicción entre la sobrevivencia individual y la conservación del hogar parental

La dispersión del grupo familiar por efecto del conflicto armado y el desplazamiento forzado pone en evidencia dos situaciones: por un lado, el distanciamiento físico de los integrantes de la familia y, por el otro, un cambio abrupto, que se considera temporal en la convivencia cotidiana familiar. Tanto la una como la otra generan procesos de afectación psicoemocional que incorporan los sentimientos de miedo y temor por los enfrentamientos forzados, los de una relativa “pérdida” de sus vínculos afectivos más cercanos y el quiebre de la certeza cotidiana de un ambiente de familiaridad compartido con sus parientes próximos.

La decisión de la salida se relaciona con los roles culturales asignados al padre y la madre; mientras que para el padre varón garantizar, proteger y cuidar la sobrevivencia material se convierte en una exigencia, para la mujer madre el cuidado de los hijos se constituye en su deber y obligación primordial.

¹⁷ Entrevistas a desplazados, 2003.

Estas dinámicas diferenciales marcan los procesos de dispersión familiar, en tanto el conflicto armado pone en evidencia una contradicción entre los dos ejes de la vida familiar, como son la convivencia y la sobrevivencia. La vida cotidiana compartida por todos los integrantes del grupo familiar se enfrenta a una segmentación provocada por el cambio territorial y espacial de uno o algunos miembros de la familia, dispersándose como estrategia de sobrevivencia ante el temor de una amenaza.

Dicha dispersión se asume como una estrategia temporal, necesaria para garantizar la estabilidad del grupo familiar, a pesar de los sentimientos de dolor que puede provocar la separación. La madre, el padre y los hijos e hijas asisten a la generación de nuevas condiciones emocionales que pueden asumirse como una posible amenaza de desintegración:

Uno francamente no sabe qué hacer, si se queda lo matan, se le llevan los hijos, le quitan lo poquito que uno tiene y si se va, pierde todo lo que ha podido conseguir con dificultad en la vida, pero de todo esto a uno le queda que tiene que hacer lo que sea por mantener la familia. A una vecina le tocó repartir los hijos, no solo perdió al marido que lo mataron, sino que le tocó mandar a los hijos a sitios distintos y ella se quedó con el más pequeño, claro que también se fue de la vereda.¹⁸

La decisión de la separación y dispersión familiar, aunque sea temporal, como estrategia de sobrevivencia, expresa la salida al conflicto generado en los imaginarios culturales de las familias que se encuentran entre el requerimiento de brindar protección y el miedo a perder la unidad familiar. La presión y tensión que produce la dinámica del conflicto armado los obliga a optar por esta alternativa:

para mí fue muy maluco dejar a mi marido, pero ¿qué más iba ha hacer? Esa gente lo pone a uno a escoger y yo preferí mis hijos, con ellos fue que me vine. Además, él me dijo que primero estaban los hijos, que él se sabía cuidar y que más adelante, cuando las cosas cambiaran íbamos a estar otra vez juntos.¹⁹

Por otra parte, la dispersión familiar indica una diferencia desde la perspectiva de la generación, al incorporar el lugar que tiene la dimensión temporal en los proyectos de vida de los integrantes de la familia. Esto quiere decir que mientras para las personas viejas su memoria biográfica tiene una relación directa y estrecha más con su pasado que con su futuro, las personas jóvenes proyectan la construcción de su cronología vital más en el futuro que en el pasado, situación que

¹⁸ Entrevista a desplazado, 2003.

¹⁹ Entrevista a desplazada, 2003.

conecta otro matiz de la problemática compleja que se genera en la familia como impacto o secuela del conflicto armado en el departamento, al hacer referencia a la conexión de la familia con la oferta institucional y programática.

Algo curioso y paradójico a la vez, es que en las zonas de conflicto los viejos se están quedando, ellos no salen y no hay programas de atención para ellos; no solo se quedan solos porque sus familias sí se van, sino que se quedan completamente desprotegidos. Hay que verles su mirada de tristeza, pero a la vez de resignación, recuerdan con mucha nostalgia como era la vida antes pero a la vez se tornan resistentes ante la salida, están dispuestos a vivir la vida que les queda en sus lugares de siempre.²⁰

En este proceso de dispersión familiar, también se incorpora la confrontación de los proyectos y sentidos de vida de los integrantes del grupo familiar, quienes sufren tanto la disgregación de su grupo de convivencia y sobrevivencia, como la incorporación de otros miedos y temores frente a la pérdida, no solo de la unidad familiar sino lo que para ellos –especialmente el padre, la madre y los adultos– consideran como el derecho al ejercicio del control y la autoridad.

Yo mandé a mis hijos primero para Manizales donde unos familiares míos y me demoré unos meses en salir yo, pero cuando llegué, yo no podía creer que mis hijos tuvieran el pelo largo y aretes en las orejas. Es que eso de dejar los hijos se vuelve un complique. Yo lo hice porque no tenía más que hacer, además no quería que se los llevaran para uno u otro bando.²¹

Pero esta dispersión no solamente se produce en los escenarios del conflicto armado, para algunos grupos familiares que toman la decisión de salir de sus sitios habituales de residencia, la separación familiar aparece como una opción de sobrevivir ante la dificultad de obtener recursos económicos en los lugares de recepción. “Mi marido estaba desesperado aquí, buscaba por un lado y por el otro, mi hijo se metió al Sena a una capacitación y nada, tampoco resultó lo del apoyo a proyectos productivos, él presentó uno y tampoco salió favorecido, así que él y el hijo mayor se fueron para Cali a buscar la vida”.²²

A partir de lo anterior, se podría inferir que la dispersión familiar aparece no solamente como efecto del conflicto armado sino también como resultado de las condiciones de pobreza y dificultades de acceso a oportunidades de sobrevivencia que se presenta en la ciudad. Esto llevaría a considerar que este proceso aparece

²⁰ Entrevista a funcionario institucional, 2003.

²¹ Entrevista a desplazada, 2003.

²² Entrevista a desplazada, 2003.

como otro matiz de un ciclo de repetición del desplazamiento forzado. En un momento anterior la dispersión familiar se da como estrategia de protección a la familia y ahora, la dispersión se produce por la falta de recursos para satisfacer las necesidades básicas.

La cohesión familiar: una alternativa para enfrentar la tragedia del conflicto armado y el desplazamiento forzado

La cohesión familiar como efecto del conflicto armado y el desplazamiento forzado es producto de tres factores: por un lado, de las mismas condiciones internas de la familia, la consistencia de los vínculos emocionales que caracterizan las relaciones familiares, el significado que tiene en la experiencia de la vida familiar la memoria de su unidad, sumado a los antecedentes y magnitud de la pérdida y el dolor, provocados y asociados a la dinámica de la guerra; aspectos que tienen una presencia significativa en la conservación de la unidad familiar y se traducen en su fortalecimiento. Por el otro, estos se encuentran asociados con la disponibilidad de redes de apoyo familiar, vecinal, social e institucional que respaldan garantías básicas de inserción a la dinámica urbana, para de esta manera responder a las estrategias de sobrevivencia. Finalmente, son el resultado de factores externos que se derivan de la inserción del grupo familiar a programas institucionales que le apuestan a la atención y prevención de situaciones o problemáticas que afectan la vida del grupo familiar en el contexto del conflicto armado.

Sin embargo, este proceso no solamente se puede identificar en familias que son habitantes de las zonas de conflicto armado; también se encuentra en familias que enfrentan el desplazamiento forzado. Para algunas familias la experiencia del desplazamiento se constituye en una especie de prueba maestra “de su valentía para enfrentar las adversidades que la vida les puso en el camino”; es la coyuntura que les demostró que “mientras estén juntos pueden salir adelante”, además le brinda la oportunidad de descubrir capacidades que no se imaginaban que tenían. En otros términos, se señala el fortalecimiento de la unión familiar como uno de los efectos de la situación que les ha tocado vivir, el cual opera a manera de respuesta defensiva frente a los múltiples riesgos que ha traído para ellas (os) dicha situación.

Esto implica considerar que no obstante la afección provocada por la complejidad del drama humanitario y la tragedia social que genera el conflicto armado y el desplazamiento forzado, hay grupos familiares que han logrado impedir el quiebre de su fuerza vincular. Situación que no es el resultado de una respuesta espontánea, sino que está dada por los antecedentes construidos en la experiencia de la vida familiar y que dan cuenta de la disponibilidad de una serie de recursos de orden personal, familiar y comunitario.

En primer lugar quiero decirle que eso de que uno es desplazado, no me gusta, nos tocó a nosotros esa situación, como a muchos otros, nos tocó salir de la Isla, pero aquí estamos bien, estamos saliendo adelante, lo importante es que tanto mi marido como mis hijos nos unimos mucho más, siempre nos ha gustado hacer las cosas de común acuerdo. Veá, cuando llegamos aquí, mi marido no tenía en dónde trabajar y a mí me tocó emplearme en una casa de familia, eso no me gustó mucho, es que eso de trabajarle a otros es muy maluco, pero ¿sabe?, yo aprendí a agradecerle a Dios que al menos ese trabajo le ayudaba a la familia y con mucha dificultad, pero con ánimo mi marido, mis dos hijos y yo nos sentimos bien, con nostalgia pero para adelante.²³

Otro de los aspectos que interviene en el respaldo a la cohesión familiar hace referencia a las garantías que ofrecen las conexiones con redes familiares, sociales y vecinales. La decisión de llegar a un lugar no aparece de manera gratuita, se encuentra respaldado en conocimientos previos y vínculos preestablecidos que también actúan como estrategias de protección a la familia: “cuando se empezó a dañar la vida en la vereda nosotros no pensábamos salir, pero cuando mataron a mi hijo, mi otro hijo que vive aquí en Manizales nos mandó un camión y salimos por la noche. Nos vinimos todos, allá no quedó nadie. Llegamos a la casa de él, la Red nos dio ayuda los tres primeros meses y después con unos ahorros que tenía pusimos la tienda y estamos bien”.²⁴

Las redes sociales y vecinales también intervienen en el fortalecimiento de la vida familiar, pero en menor medida que las parentales; se asume como un apoyo complementario o como un recurso que está mediado por las condiciones de confianza, cercanía y proximidad que se construyeron en los lugares de residencia, antes del desplazamiento.

La cohesión familiar no solo representa una fortaleza de afrontamiento a la crisis generada por el desarraigo y el éxodo sino que también significa detonar el ejercicio de dispositivos de adaptación a las nuevas condiciones que se presentan en los lugares de recepción.

Este proceso se observa en algunos grupos familiares instalados en los lugares de recepción, los cuales han podido adaptarse a las condiciones de vida de la ciudad, sin desconocer la nostalgia que les produce sus recuerdos anteriores al desplazamiento, alimentando una especie de “síndrome de Ulises”.

En estos momentos nos encontramos muy bien, con los problemas de siempre porque la situación está muy difícil en todas partes. Mi marido tiene trabajo, yo

²³ Entrevista a desplazada, 2003.

²⁴ Entrevista a desplazada, 2003.

estoy en la tienda, el mayor me ayuda en la tienda porque él estudia en la noche y la niña también me ayuda en la casa porque ella estudia en la tarde. Pero todos soñamos con volver a la vereda, no es que uno quiera ser desagradecido, pero era que allá la vida era muy buena y desde que estemos todos juntos, hacemos las cosas por el bien de todos.²⁵

La reconfiguración familiar: los cambios y transformaciones de la organización familiar en los escenarios del conflicto armado y el desplazamiento forzado

La familia como uno de los segmentos esenciales de la vida social, no puede concebirse como una estructura rígida ni inmutable. En su propio movimiento intervienen tanto factores internos como externos que hacen de ella un grupo social complejo y diverso en el tiempo y en el espacio. Reconocer este movimiento de la organización familiar, incluye la situación específica derivada del desplazamiento forzado por efecto del conflicto armado, el cual se constituye en un factor que impulsa el proceso de reconfiguración familiar e indica cambios y transformaciones de la familia como organización social y como experiencia de vida, los cuales pueden precisarse en torno a lo siguiente:

El desplazamiento forzado provoca una reconfiguración familiar correspondiente a una estrategia de sobrevivencia marcada por una dimensión de “corta temporalidad”, una especie de “tiempo de transición”. La presencia de redes sociales parentales en los lugares de recepción, facilita, en algunos casos, el traslado de la familia de su lugar habitual de residencia y las condiciones de huida y éxodo obligado, los cuales ponen en ejecución la solidaridad y cooperación que sustentan los vínculos parentales, pero sometidos a un tiempo determinado, con el respaldo de un sentimiento de ayuda y colaboración. Quizás podría considerarse que en este proceso intervienen contenidos tanto religiosos como culturales, que orientan las prácticas de reciprocidad familiar:

A la familia hay que ayudarle primero que todo y ante todo. (...) Una ayuda no se le niega a nadie y mucho menos a alguien que lleva tu misma sangre. (...) Nosotros nos pudimos venir para Manizales porque mi mujer tenía un hermano aquí. Ellos nos dijeron que nos viniéramos porque de lo contrario nos iban a matar, que aquí entre todos nos ayudábamos un tiempo mientras nos podíamos ubicar mejor.²⁶

²⁵ Entrevista a desplazada, 2003.

²⁶ Entrevista a desplazado, 2003.

Como puede verse, la inclusión de la familia nuclear en la estructura familiar de algunos parientes, responde no solo a la efectividad de las redes parentales, las cuales se movilizan a partir del sentido de solidaridad, cooperación y lealtad, sino que también se encuentra mediada por la intención de convivir en un corto tiempo y por el deseo de volver a tener una autonomía en la satisfacción de las necesidades. En otras palabras, en esta lógica de la reconfiguración temporal actúan los imaginarios culturales del favor y del “síndrome de Ulises”; es decir la lealtad, la cooperación y el favor familiar, pero también necesidad de volver a tener la dignidad que les ofrece la autonomía familiar si retornan.

Por lo tanto, podría considerarse que la reconfiguración familiar provoca cambios en la cotidianidad de esta organización y la tipología de la familia asume otras formas, pero de manera coyuntural.

Es que eso de vivir juntos no es nada fácil, mi marido y mis hijos no querían al principio pero entendieron que a la familia hay que ayudarlo, además era por un tiempo corto y había que darles la mano, porque a ellos los obligaron a salir de su tierrita, donde tenían todo y aquí llegaron con las manos vacías. (...) No le niego que la llegada de mi familia armó un cuento distinto en la casa, pero qué le vamos ha hacer, yo los logré convencer de que era por unos días, claro está que se convirtió como en varios meses.²⁷

El proceso de desplazamiento forzado genera un movimiento temporal en la organización familiar al reconfigurarse el hogar parental como familia extensa. Esto conduce a identificar un cambio en la tipología familiar al pasar de la nuclearización que ha caracterizado de manera general a las familias campesinas en las diferentes regiones del departamento, hacia la definición de familias extensas.

Este proceso de recomposición hacia formas familiares extensas, corresponde a una corta temporalidad que, no obstante su duración, logra impactar la dinámica de la vida en familias en condición de desplazamiento.

Nosotros somos cinco, mi marido, yo y mis tres hijos y nos vinimos para donde mi hermano que son seis, ellos dos y cuatro hijos, y nos recibieron por unos meses mientras que nos organizábamos, porque ellos son pobres y la casita es muy pequeña.²⁸

El cambio de la familia nuclear a la extensa, por efecto del conflicto armado y el desplazamiento forzado, no es el resultado mecánico de pasar o agregar; también se encuentra la mediación de otros procesos como el de la desintegración o dispersión

²⁷ Entrevista a desplazada, 2003.

²⁸ Entrevista a desplazada, 2003.

familiar. Situación que produce dos diferenciaciones: en primer lugar, tanto en la desintegración como en la dispersión, la presencia de las redes de solidaridad parental se constituyen en soportes efectivos como estrategias de sobrevivencia; y en segundo lugar, hay una diferencia con relación a la reconfiguración familiar porque mientras la desintegración puede conducir a una recomposición más definitiva, la dispersión provoca un cambio en la cotidianidad familiar, pero por una corta temporalidad.

La reconfiguración de la familia nuclear a familia extensa se presenta en los escenarios de desplazamiento forzado por dos vías: por un lado, se constituye en un “arreglo inicial” entre familias nucleares con vínculos parentales entre sí, quienes son expulsadas de sus lugares de origen, así la decisión de vivir juntas aparece como estrategia de sobrevivencia. Estos acuerdos se constituyen en decisiones espontáneas, más por la urgencia de una alternativa a las necesidades cotidianas, que por la definición de acuerdos de convivencia. Reconfiguración que aparece con un sentido de agregados que hacen visible la segmentación de la experiencia anterior de la nuclearización, produciendo una dinámica de tensión porque no hay claridad en la definición del ejercicio del poder. Además se genera un escenario confuso donde se diluyen los límites correspondientes a la experiencia de la familia nuclear y se produce una convivencia donde se hace evidente una lucha competitiva por alcanzar una voz de mando; en otros términos, podría considerarse que se marcan enfrentamientos y lucha de poderes por el control de un “hogar”:

En la vereda mis suegros vivían aparte, lo mismo que mis otros cuñados, cada uno en su casa, aunque todos estábamos en la vereda. Cuando nos tocó salir, porque mataron a otro cuñado y nos dio mucho miedo, todos nos vinimos para Manizales, mi suegro como tenía una platica consiguió una casa y todos llegamos allá, eso fue tremendo, porque éramos un gentío en una casa muy pequeña.²⁹

En este punto vale la pena precisar que la existencia de vínculos parentales no garantiza en sí misma la configuración de una convivencia adecuada, pero sí la única alternativa de sobrevivencia. En este “tipo de arreglo” pesa de manera significativa encontrar una salida a la urgencia del día, la cual se trastoca por la huída, el éxodo y la mínima disponibilidad de recursos. Más aún, puede considerarse que la disponibilidad de redes parentales que se colocan a disposición de las familias en condición de desplazamiento, se constituye en la práctica en el único recurso disponible. Por lo tanto, el desplazamiento forzado no solo reconfigura la composición de la familia, el cambio en su vida cotidiana, sino que redimensiona

²⁹ Entrevista a desplazada, 2003.

la convivencia y la sobrevivencia como los dos ejes que le otorgan un sentido a su constitución; y coloca a las necesidades básicas materiales y tangibles como el vector que los impulsa a cambiar o “sacrificar” su independencia y autonomía como grupo familiar independiente.

Es que eso de vivir juntos con otras personas aunque sean familiares de uno, es muy duro. Al fin y cabo nosotros siempre vivimos independientes, con dificultades, pero en lo de uno, en lo propio. Por eso, el tiempo que nos tocó vivir juntos lo tomamos como una prueba que Dios nos mandaba, pero de todas formas teníamos la comidita y la dormida.³⁰

Además de los fenómenos descritos, se produce la inserción de la familia nuclear expulsada, hacia el hogar de una familia nuclear receptora, gracias a la existencia de vínculos parentales entre ellas. En esta segunda vía, se reconfigura la familia como extensa pero la dinámica de la organización familiar enfrenta condiciones complejas derivadas del sentido que se le otorga al “favor” que se le está haciendo a la familia en condición de desplazamiento. Un grupo familiar con una experiencia previa de organización nuclear que tiene que “someterse a una organización familiar diferente, bajo condiciones de agradecer la ayuda y el apoyo” provoca un choque tanto en las prácticas como en los discursos que orientan la dinámica de la vida familiar. Por este camino se identifica el afloramiento de un sentimiento de “arrimado”, el cual contiene el quiebre de los privilegios del ejercicio del poder que se tenían antes, provoca una especie de “competencia silenciosa” y de “frustración” por las nuevas condiciones que se presentan; en tanto deben someterse a la lógica de un “pater familias”, externo al grupo nuclear.

Esto permite reconocer lo significativo del sentimiento de “arrimado” como una experiencia traumática que pone en evidencia una mayor vulnerabilidad de los integrantes del grupo familiar, protagonistas del sistema de dominación.

A mí no me gusta esa palabra de desplazado y más cuando uno llega donde un familiar, la misma familia lo mira a uno raro, distinto y se siente arrimado, y eso sí que es horrible”. “Yo no quiero ser desagradecida, cuando llegamos aquí, la familia de mi marido nos recibió en su casa, nosotros compartimos lo poco que nos dieron en la Red durante los tres meses que recibimos ayuda, especialmente el mercado, pero de todas formas nos sentíamos arrimados, no era nuestra casa, nuestras cosas, es que uno en casa ajena no se puede mover lo mismo, ni decir lo mismo, ni hacer lo mismo, porque está pensando en qué dirán los dueños de la casa.³¹

³⁰ Entrevista a desplazada, 2003.

³¹ Entrevista a desplazada, 2003.

Otra expresión de la reconfiguración familiar se encuentra en la transformación de tipologías familiares nucleares hacia nuevas formas de organización monoparentales; una de las características de esta nueva forma de organización familiar, se relaciona con el cambio en la jefatura del hogar y la familia.

Este tránsito no es fácil para las mujeres, quienes se enfrentan tanto a la pérdida de sus anclajes territoriales, de los vínculos afectivos y emocionales con su pareja como a la obligación de asumir una jefatura de hogar impuesta por la violencia, en la cual deben responder a las condiciones de sobrevivencia y convivencia del grupo familiar. En este sentido, la responsabilidad se concentra de manera preferencial en buscar los recursos básicos.

“Cuando mataron a mi marido, yo quedé sola con cuatro hijos pequeños; eso fue horrible, quede sola con un miedo espantoso y con cuatro bocas que alimentar, ¿qué más podía hacer? Pues venirme para Manizales, aquí tenía unos familiares que me ayudaron unos días, pero después me abrí, conseguí una piecita y tengo trabajo como empleada en una casa”.³²

En los procesos conducentes a la transformación de esta tipología familiar por efectos del desplazamiento forzado, el papel y el lugar de la mujer se constituyen en un factor significativo en las dinámicas. El paso de una familia nuclear a una monoparental en estas condiciones se encuentra mediada por factores económicos, culturales y políticos que conducen a la mujer a conservar o mantener una “relativa autonomía” en el manejo y control de su grupo familiar y a evitar la incorporación a otros grupos familiares.

Yo me quedé sola con mis hijos, a mi marido lo mataron, yo tengo unos familiares aquí en Manizales y ellos me dijeron que me viniera para acá y cuando llegue tenía claro que no iba a vivir con ellos, es que eso de arrimada es horrible, además yo puedo salir adelante con mis hijos y eso es lo que estoy haciendo.³³

Lo anterior se traduce en el significado que tiene para la familia desplazada, la experiencia acumulada en su vivencia doméstica, haciendo efectivo el reconocimiento de que ella posee unas dotaciones iniciales más favorables para sobrevivir que el hombre. Este “equipaje económico y cultural” de la mujer respalda un proceso de valorización a su llegada a la ciudad la cual, a pesar de ciertas restricciones, le ofrece opciones y oportunidades de inserción en las redes y circuitos económicos, en sectores de subsistencia tales como el trabajo doméstico y la venta de comestibles. Paradójicamente la condición histórica de exclusión de la mujer

³² Entrevista a desplazada, 2003.

³³ Entrevista a desplazada, 2003.

se convierte en una fortaleza en el proceso de restablecimiento generado por el desplazamiento forzado; a diferencia del hombre, para quien la inserción en la ciudad significa una mayor exclusión y desvalorización de su capital humano, dadas las condiciones de su experiencia previa en el trabajo del campo, la mujer se encuentra en una situación diferente con más alternativas de sobrevivencia.

Dicho sustrato económico sirve de soporte en la decisión de asumir la transformación monoparental del grupo familiar y disponer de resistencias en su inserción a otros grupos familiares conducentes, a otras reconfiguraciones, quizás más complejas para la convivencia del grupo.

En el proceso de reconfiguración familiar se detonan nuevas conflictividades y se construye una convivencia atravesada por ambientes familiares hostiles.

El desplazamiento y la inserción violenta del grupo a otra experiencia de vida familiar, ya sea por “acuerdos previos” o por inclusión en otra estructura, como se planteó anteriormente, cambia su sistema de vida. La tensión frente a la necesidad de hacer visible y personificar la toma y dirección de las decisiones en un escenario marcado de manera prioritaria por la sobrevivencia, diluye la importancia de conversar para llegar a una negociación de convivencia y genera dinámicas de enfrentamiento entre los grupos familiares que comparten en el nuevo hogar.

Una tensión que se relaciona directamente con el terreno “resbaloso” del reconocimiento hacia el ejercicio del poder en “otro” que no obstante ser pariente ocupa un lugar diferente a los integrantes del grupo familiar. El siguiente testimonio respalda este argumento:

Es que por más que sea pariente, eso no quiere decir que podamos vivir juntos. Nosotros nos vinimos por miedo, porque la situación se volvió muy complicada, pero allá vivíamos solos, aparte del resto de la familia. Mi marido era el que decía como se debían hacer las cosas, pero resulta que cuando llegamos aquí y empezamos a vivir con mi cuñado que también se vino de la vereda, él decía una cosa y mi marido otra y yo en la mitad de los dos. El uno gritaba cuando los niños del otro estaban jugando y el otro armaba tremenda trifulca porque ni sus hijos ni los del otro le hacían caso.³⁴

Otro aspecto que se deriva de esta “convivencia forzada” alude a la confusión de los límites legítimamente reconocidos en la experiencia de vida precedente, provocando la generación de disputas, altercados y conflictos que pueden conducir a la presencia de relaciones violentas. Con base en algunos planteamientos de Alejandro Castillejo,³⁵ estas relaciones ponen en un plano visible la paradoja de la

³⁴ Entrevista a desplazada, 2003.

³⁵ Castillejo, Alejandro. *Poética de lo otro. Antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en*

representación cultural entre el reconocimiento de los parientes como “los extraños más próximos” y la experimentación de “una cercanía y distancia cognitiva, de intimidad y anonimato”. En otros términos, este proceso de reorganización familiar impuesto por el desplazamiento forzado, reconfigura las relaciones de alteridad entre los parientes y le otorga otra dimensión a la experiencia de lo extraño dentro del escenario de lo privado, que corresponde al mundo doméstico de la convivencia familiar.

A partir de esto se construyen nuevos escenarios cotidianos donde la proximidad y la alteridad impuesta por las condiciones del desplazamiento forzado arman unos vínculos familiares que generan una especie de “combate doméstico” por conservar o ganar el control del espacio físico, social y simbólico de la nueva forma de organización familiar. Cuando algunas de las familias deciden vivir juntas, más por una alternativa temporal de obtener recursos de subsistencia que por otra cosa, el ambiente familiar se vuelve pesado y carga mucha emotividad producto no solo de las pérdidas que han tenido que enfrentar, de los miedos que están experimentando, de la incertidumbre frente a nuevas opciones de vida, de la urgencia de vivir el día a día y de los limitados recursos disponibles para la satisfacción de las necesidades cotidianas.³⁶

Lo anterior conduce a considerar que en el contexto del desplazamiento forzado y la reconfiguración familiar aporta nuevas conflictividades. La lucha por el reconocimiento del espacio y por el ejercicio del poder como dispositivos necesarios para el control y mantenimiento del sistema de dominación previo en la experiencia de vida familiar en los lugares de origen, sirven de telón de fondo para la redefinición de las interacciones familiares en los nuevos lugares de residencia; mas aún cuando la decisión de vivir juntas está condicionada por un requerimiento de sobrevivencia que de un sentido de compartir la vida cotidiana.

En otros términos, el desplazamiento forzado construye escenarios familiares donde la convivencia democrática se convierte en una utopía y cada día se ve atropellada por la lógica de la urgencia diaria que limita y restringe el sentido de la familia como espacio de desarrollo humano.

A manera de conclusión

La identificación y análisis de estos cinco procesos que enfrenta la familia en los contextos del conflicto armado y los espacios de recepción del desplazamiento forzado, nos permiten respaldar el interrogante en torno a las condiciones de la

Colombia. Bogotá, Colciencias, Ministerio de Cultura. 2000, p. 113.

³⁶ Entrevista a desplazada, 2003.

institucionalidad de este grupo social. Una institucionalidad producto, tanto del lugar que ocupa la familia en el orden social, como del papel que juega en los procesos de reproducción del orden societal.

En este sentido, la familia no escapa a la lógica de la guerra y el conflicto armado. Desde el lugar que ocupa y el papel que asume en las confusas dinámicas que presenta el orden social hegemónico, pueden identificarse varias situaciones:

- Su referencia simbólica es utilizada como estrategia de coartación y reclutamiento por parte de los actores ilegales.
- El cumplimiento o no del mandato cultural de la protección y la seguridad que se le asigna, incide en la generación de los procesos de adaptación, des-integración, dispersión, cohesión y re-configuración.
- La lógica de la guerra fractura las estrategias y mecanismos de la transmisión cultural e impide la construcción de conectores entre las brechas generacionales.
- Las condiciones de cambio y transformación de la familia, impuestas por el conflicto armado y el desplazamiento forzado logran interrumpir la sostenibilidad de la memoria colectiva, rompen los anclajes con el territorio compartido, le imprimen un sentido de vigilancia, observación y sospecha a los vínculos parentales; las lealtades y las adhesiones familiares se vulneran imprimiendo una fragilidad a red familiar.
- La dinámica de la vida familiar crea lugares oscuros, donde no se puede ver nada, ni se pueden hacer preguntas y en donde el código del silencio se constituye en la bisagra de la vida cotidiana.
- La imposición de un orden de facto con sus dispositivos de delación, miedo, amenaza y desconfianza impide la construcción de una memoria de pertenencia, cooperación y solidaridad que se inicia en las experiencias tempranas de la vida familiar y de esta forma, socava la institucionalidad familiar.
- La crisis de la institucionalidad familiar permite recrear, en tanto recoge y aporta, la crisis de la institucionalidad social y estatal.
- En el contexto de la guerra irregular y el conflicto armado, la familia enfrenta un “desenclave institucional” porque los mecanismos de transmisión cultural y los procesos de socialización orientados a la integración social se rompen al cambiar de manera abrupta sus patrones de referencia.
- El proceso de desplazamiento forzado le impone un cambio vertiginoso a la cotidianidad familiar. La sobrevivencia y convivencia de este grupo social, debe adaptarse forzosamente a unas prácticas que no corresponden con los “equipajes culturales” construidos en la historia y biografía familiar y conservan un imaginario que gira entre el “recuerdo del paraíso perdido y la tragedia de un presente incierto”.

- La lógica de la guerra le imprime una dinámica confusa a las lealtades y adhesiones parentales, al encontrarse la familia atrapada entre el sentido de pertenencia y protección que otorga el vínculo parental y el sentimiento de retaliación y venganza por el daño provocado.

Bibliografía

BELLO, Marta Nubia. *Desplazamiento forzado y procesos de reconstrucción de la identidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Trabajo Social, 2000.

BOTERO TORO, Eduardo. “¿Desplazamiento o exterminio? Claves indiciarias para iniciar un proceso de averiguación”, en *Revista Nova et Vetera*, No 44, Bogotá, Instituto de Derechos Humanos, ESAP, 2001.

HENAO DELGADO, Hernán *et al.* “Desplazamiento forzado: agudización de una tragedia. Familias campesinas de Urabá”, en *Memorias II Congreso latinoamericano de familia siglo XXI*. Medellín: Iner, Universidad de Antioquia, 1998.

LÓPEZ, Olga Lucía. *El proceso de desplazamiento forzado: estrategias familiares de sobrevivencia en el oriente antioqueño*, Medellín: Iner, Universidad de Antioquia, 2000

MILLÁN, Constanza y GIL Eduardo. “Identidad colectiva y desplazamiento forzado”, en Bogotá: Red de Solidaridad Social, Acnur, 2002.

PALACIO VALENCIA, Maria Cristina. *El conflicto armado y el desplazamiento forzado en Caldas: crisis de la institucionalidad familiar*. Manizales: Universidad de Caldas Cedat, 2004.